Sus ordinarias salidas á la plaza (que eran casi cada día yendo solo) y su mayor empleo era enseñar á los morenos, chichimecos y otra gente humilde la Doctrina cristiana, exhortándolos siempre al temor de Dios y miedo del Infierno, á que se confesasen, tratándolos con tanta suavidad y muestras de amor, abrazando una y dos veces á todos cuantos negros y gente baja topaba, que no huían de él, como suelen de otros, antes le amaban afectuosamente y oían de buena gana y con mucho fruto de sus almas, y como presto entraba en fervor, no pretendiendo más que la mayor gloria y honra de Dios Nuestro Señor, lo que se había comenzado con poco auditorio y poco ruido, se acababa de ordinario con uno muy grande, llegándose mucha gente aun de la granada del pueblo. Acontecióle muchas veces topar en medio de la plaza algunos cuatro ó cinco negros, y habiéndoles abrazado primero con muestras de mucho amor, y alabado á voces con ellos á Jesucristo Nuestro Señor, comenzar á tratarles de la fealdad del pecado, de las penas del Infierno ó de la muerte, con tal fervor, que solía acabar su razonamiento con buen número de personas, y entre ellos muchos caballeros y gente principal de la ciudad, y muchos eclesiásticos que con admiración y veneración de santo le oían; estando él solo rodeado de todos ellos en hábito pobre y traje humilde, con tal espíritu, que parecía no ser el que hablaba; con tal fuerza de palabras, sin ningún género de artificio, con tales gritos y voces, que excedían á su mucha edad y poca salud; con una viveza de afectos, sentimiento en lo que decía, con un celo y deseo de la mayor gloria de Jesucristo Nuestro Señor; con tales muestras de dolor y pena en que fuese Dios con tanta disolución ofendido (citando fielmente la Escritura, cuyo latín entendía bien, como el de otro cualquier libro) y no se sabía si lo hubiese estudiado, ó porque Dios Nuestro Señor *qui illuminat omnem hominem* le hubiese comunicado este dón como lo ha hecho con otros siervos suyos. Finalmente, con tal verdad y fuerza, fundada en su mucha santidad, de que todos los presentes tenían gran concepto; con un rostro tan encendido y devoto, con un desprecio del mundo y de todo respeto humano, que parecía un Apóstol; y admirados todos quedaban como suspensos, sin saber decir más de que era un santo, por quien Dios les hablaba. Movía á muchos de ellos á hacer confesiones generales y á mudar la vida, y pocas veces dejaba de sacar semejante fruto de sus pláticas y conversaciones. Lo mismo hacía vísperas y días de algunas fiestas solemnes (en que suele haber grande concurso de hombres y mujeres de todas suertes, que iba á algunas Parroquias é Iglesias de esta ciudad por no perder ocasión, y antes que se comenzasen las vísperas ó misas, donde él veía que había más gente junta, en especial de mujercillas y mozos livianos). Comenzaba él á voces por tres ó cuatro veces á decir: «alabado sea Jesucristo, hermanos;» y tratarles como solía, con tal espíritu del pecado é Infierno, con deseo de aprovechar á los que le oían, que movidos muchos de los presentes á lágrimas, asistían después á los Oficios divinos con gran devoción, viniéndose algunos en pos de otros con él en busca de quien les confesase; y este modo de platicar, no una vez sola al día, sino que muchas pasaban de cuatro ó cinco, porque cuando su Superior le enviaba fuera á alguna cosa, acabado lo que iba á hacer (con licencia que del mismo Superior llevaba), se entraba por las tiendas de los oficiales, acudía á las banderas de los soldados, pasábase por los porta-

les entre los mercaderes y escribanos, iba también á los alabarderos y gente de Palacio; acomodábase á todos con suavidad y prudencia, platicándoles conforme á su necesidad y exhortándolos principalmente á la confesión y enmienda de la vida. Y fué cosa digna de notar de este siervo de Dios, y nacida de su grande prudencia, que aunque hablaba con tan grande eficacia contra vicios y pecados, no causaba desconfianza en los pecadores con su doctrina y exhortaciones; sino antes con el espíritu suave de Cristo los convencía y hacía notables mudanzas en ellos. Muchas veces, ya en la plaza y portales de ella, ya en Palacio, ya por las calles, cantaba unas coplas que él había compuesto, que comenzaban: «si á Jesús obedecemos, qué buenos seremos;» las cuales había enseñado á los niños para que á todas horas y ocasiones les cantasen; y después de estas tres ó cuatro y más pláticas que hacía en cada salida, se volvía á casa como si no hubiese hecho cosa alguna, sin tratar de tomar algún alivio ó descanso. Con el mismo celo acudía á remediar, en cuanto le era posible, algunas necesidades corporales de los pobres, principalmente de los encarcelados. Acostumbraba muchas veces (pidiendo primero licencia al Superior) cuando sabía tenían falta de agua los pobres de las cárceles, ir á pedir limosna de puerta en puerta para ir á comprarles agua; y cuando no había quien la llevase, iba á casa de algunos hombres principales y pedía, por amor de Dios, le prestasen algún carretón y las vasijas é instrumentos necesarios para llevarles ese socorro; y él mismo, llevando del diestro al jumentillo que le tiraba, iba á la pila de la plaza y allí llenaba de agua la pipa que en el carretón iba; y pasando por medio de la plaza, á veces aguijando al jumentillo, á veces llevándole el diestro (oficio que sólo negros y gente baja ejercita), llevaba agua á los pobres, remediando la necesidad que los pobres padecían, con grande edificación de la ciudad, y esto muy ordinariamente, sin atender á soles, ni lluvia, ni otras incomodidades, y pocas fuerzas y salud suya; oficio de caridad fué éste, que lo tenía tan asentado en su corazón el Hermano Villarreal, que algunos ratos que en su enfermedad desvariaba, eran sus dares y tomares con el carcelero y sota-alcaide de la cárcel, sobre que no daba agua á los pobres. Estando ya desahuciado, y sin esperanza de vida, supo que estaba un hombre en la cárcel pública sentenciado á degollar; y fué cosa maravillosa, que descuidado de sí, todo su deseo y ansia era rogar á Dios Nuestro Señor diese buena muerte á aquel hombre, y lo mismo pedía á los que entraban en su aposento, teniendo para esto grande entereza de juicio. Sabida y cierta cosa fué, que el año de 1595, estando en la ciudad de los Ángeles, donde á la sazón estaba un indiecito á quien en una de las estancias (que allí tiene el Colegio de aquella ciudad) había mordido una víbora, habiéndosele hinchado toda la pierna, casi sin remedio ni esperanza de salud, con un olor tan malo que ofendía aun á los que de muy lejos llegaban donde el muchacho estaba, manando de él continuamente materia y podre (muy asquerosa); el santo viejo, viendo la necesidad que aquel pobre indiecito padecía, y que la horrura de llagas y mal olor no daban lugar á ser curada con tanto cuidado y diligencia como él quisiera, representándosele en él vivamente Jesucristo Nuestro Señor (como él decía), tomó á su cargo el curarle; y así, algunos ratos del día gastaba en hacer hilachas, acudiendo á sus horas á darle de comer, limpiándole y concertándole la camilla, tan sin asco y sin mues-

tras de ofenderse del mal olor y horrura de las llagas, que era de grande espanto y edificación en la casa. Y no paraba aquí su caridad, porque no contento con esto, cuando le iba á curar, en coyuntura que nadie le veía, solía hincarse de rodillas y rogar á Nuestro Señor por el enfermo, como otra Santa Catalina de Sena; y á imitación de Nuestro P. San Francisco Javier, con gloriosa victoria de sí mismo, lamía las llagas: y esto no una ni dos, sino muchas veces porque duró mucho tiempo la enfermedad del muchacho: el cual, no teniendo lengua para quejarse de lo mucho que padecía, la tenía muy despierta para contar á los nuestros con admiración y espanto suyo, del heroico acto de caridad y mortificación de este gran siervo de Dios, el cual, estando también en el Colegio de San Gregorio, y en él un muchachuelo chico enfermo de viruelas de que estaba todo cubierto, con tal mal olor y tanta deformidad que ponía espanto y asco á quien le veía; y por la enfermedad contagiosa le habían sacado de entre los demás muchachos, y puéstole en una sala solo, así porque no pegase aquel mal á otros, como por la fuerza del mal olor que de él salía, no permitía compañía donde él estaba; levantábase, pues, este siervo de Dios á media noche, cuando entendía que nadie le veía; y yendo á la sala donde el pobre chico estaba, y llegándose á él le limpiaba, le hacía la cama y le consolaba; estándose algunas noches dos y tres horas con él sentado sobre su cama haciéndole compañía, reclinándole sobre sus brazos y regalándole; acudiendo á lo que el enfermo había menester con el amor que una madre podía acudir á un muy querido y único hijo de sus entrañas; porque estas eran las que tenía el Hermano Villarreal para con los prójimos.

§ IV.

De su mortificación y penitencia, y su religiosa obediencia y pobreza.

Con tener esta blandura y suavidad con los demás, era para consigo muy riguroso y áspero; y con ser hombre tan viejo, flaco y consumido de trabajos, no usaba de particularidad alguna; ni género de comodidad ó regalo en su comer, vestir y habitación. Mucho tiempo vivió en San Gregorio en la misma sala de los indios colegiales que allí se crían, con sola una división de tablas que le defendían poco del frío; cuando ellos aseaban y barrían la casa, salía el Hermano Francisco á coger una escoba sin cabo de las que ellos usaban, y ayudarles á barrerla, con harta molestia y trabajo suyo por haber de estar todo el tiempo que duraba, todo el cuerpo corvado y muy doblado, que por su mucha vejez era en él de mayor dificultad. Siempre se andaba quejando de su tibieza y descuido en mortificarse, y con grande sentimiento de no haber tenido efecto algunas ocasiones que de martirizarse en la Florida se le ofrecieron. Todos los días, después de comer á medio día y á la noche, se quedaba á alzar las mesas y ayudar, en otros oficios, en el refectorio y cocina; siendo casi siempre el postrero que de estas oficinas salía; despabilaba siempre y apagaba las velas (aunque allí hubiese tijeras) con los dedos, que tenía como curtidos de estas y otras pruebas de más dolor. Todas las mañanas (en que era puntualísimo en levantarse) se lavaba á las cuatro el rostro, y pocas ó ningunas veces (aunque fuese en invierno) se lo enjugaba, antes solía salir á un corredor ó jardín, donde con el mayor frío sintiese más incomodidad del agua. Cuando se acostaba, se estaba el poco tiempo que dormía sin bullir ni mudarse de la primera postura, por no sentir alguna mayor comodidad ó regalo en mudarla; habíansele quitado las bastas del colchón en que dormía, recogiéndosele la lana del medio á los dos lados y esquinas, y así dormía sobre los dos lienzos del colchón que caían en medio sin haber allí género de lana, siéndole de notable incomodidad las tablas sobre que tan inmediatamente dormía, así por estar flaco como por ser el frío mucho, y poco el abrigo que de allí le resultaba. Con todo su ver y poca salud, tenían los Superiores bien quehacer en irle á la mano al mucho fervor y deseo de su mortificación, y á las grandes penitencias que pedía hacer; y con todo eso, algunas veces en su enfermedad, y después de muerto, le vieron que desde las pantorrillas y corvas, hasta lo más alto de las espaldas, estaba todo lleno de cardenales; algunos de un geme, y todos los demás de cuatro dedos, tantos y tan juntos y sangrientos, principalmente en las espaldas, de que á veces le corría viva sangre, que parecía un vivo retrato de un Ecce Homo muy herido y acardenalado; de la mucha continuación y frecuencia de la oración había muchos años que se le habían hecho callos en las rodillas, porque para sentir alguna molestia solía tener en una tabla clavados dos clavos, sobre cuyas cabezas ponía inmediatamente las rodillas cuando oraba, cargando todo el peso del cuerpo sobre los clavos. Pero después de todas estas penitencias, lo que en él principalmente resplandecía, era la mortificación interior en que fué en extremo cuidadoso; mostrándolo bien en el rostro tan flaco, amarillo y gastado, de esta continua mortificación y penitencia. A todo esto añadía este santo varón una muy puntual y exacta obediencia, en que siempre se señaló, teniendo gran reverencia y respeto á los Superiores, y á sus ordenaciones; cuando había de salir fuera daba muy por entero cuenta al Superior de lo que había de hacer; y á la vuelta de todo lo hecho, con mucha fidelidad, deseando siempre ser guiado en todo de la santa obediencia.

Muchas veces le vieron, desde el tiempo de su noviciado, quedarse de rodillas en su oración y exámenes, en el mismo puesto en que le cogía la señal de la campana; y así á estas horas no tenía lugar ni oratorio determinado, porque si estando en medio de algún corredor, patio ó cocina, ó en otro cualquier rincón, tocaban la campanilla á oración ó examen, sin dar más paso atrás ni adelante se quedaba allí sin bullirse, que en esto mostraba también su mortificación, hasta que daban señal á salir de ella; y como Religioso tan ejercitado en la puntualidad de la obediencia, estando ya muy enfermo (aunque era muy profunda su humildad); pero si le preguntaban algunos de los nuestros: qué sería bien hacer para mayor perfección y servicio divino, habló siempre con grande verdad y eficacia, encargando principalmente la perfecta observancia de las reglas, la obediencia puntual y amorosa en todas las cosas, aunque fuesen mínimas, la entera resignación en manos de los Superiores y desprecio de lo terreno. Repetía y ponderaba mucho aquella regla once, que habla de la mortificación y obediencia, cuyo principio es: Es mucho de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor. Otra vez, estando en lo último de su vida, habiéndole preguntado un Padre: qué le parecía de mayor impor-

tancia para nuestro aprovechamiento espiritual, calló por un rato, y después con mucho aliento y fervor de espíritu, respondió con esta exclamación: «¡Oh dichosa obediencia, oh preciosa resignación!» y prosiguió de manera, que movió á devoción y lágrimas á los presentes. Todas estas virtudes y misericordias que de Dios tan liberalmente había recibido el Hermano Francisco de Villarreal, procuraba encubrir con una profunda y rara humildad de que daba muestras en sus palabras, en su traje, en su aposento, en deshacer sus cosas, estimando las de los otros, en condenar su tibieza en el servicio de Nuestro Señor, en sentarse cuando podía en el postrero y más bajo lugar, cediendo á todos los demás; en escoger para sí lo peor de casa, en exagerar y ponderar la muchedumbre de sus pecados, en procurar esconderse y no lucir en los ojos de los hombres, en el afecto y amor con que acudía á los oficios más bajos y humildes: cuando alguno (de los muchos) que por medio de sus pláticas tocaba Nuestro Señor, y con deseo de mudar la vida, le pedía que le confesase, pensando era Sacerdote, respondíale claramente que no lo era, sino Hermano lego y Coadjutor de la Compañía de Jesús; porque siempre estimó su dichoso estado, reverenciando mucho el de los Sacerdotes.

Y cuanto más rico estaba con este precioso dón de la humildad, y dones del Cielo, tanto más pobre estaba de las cosas de la Tierra; porque fué este siervo de Dios de tan extremada pobreza, que en su aposento no tenía mesa, ni banca, ni silla, ni candelero, ni encendía de noche ni á la mañana candela, acostándose y levantándose siempre á oscuras; si había de escribir ó cortar algo, llegábase á un indio del Colegio de San Gregorio, y pedíale por amor de Dios le prestase algunas tijeras ó tintero: muchos años se le pasaron sin tener en su aposentillo libro, ni cartapacio alguno, teniendo cada día trabajo de ir á leer la lección espiritual en alguno de los libros que eran de la Comunidad. Era tan pobre el vestido que traía, que queriéndole enterrar no se halló otro más viejo en toda la casa, antes fué menester mejorársele por parecer que aun para este efecto estaba muy pobre y gastado.

§ V.

Del fin y dichosa muerte del Hermano Francisco de Villarreal, y escríbese una carta muy espiritual suya para un Padre de la Compañía.

El estado de este santo varón, el ejemplo de su vida, era el que habemos referido, estos sus ordinarios ejercicios, éste el fervor de espíritu con que sustentaba la flaqueza de su mucha vejez, con admiración de todos los que le conocían; cuando queriéndole Nuestro Señor galardonar sus muchos trabajos llevándole para sí al Cielo, le dió la última enfermedad de que acabó á los 18 de Enero el año de 1599. Luego que se sintió enfermo, juntamente sintió, y con grande consuelo de su alma se persuadió, que le quería llevar para sí Dios Nuestro Señor. Llamó á su confesor, diciéndole: que se quería confesar despacio amorosamente, y no por temor, que por la misericordia de Dios no le tenía, y cierto era así; porque la fervorosa y perfecta caridad lo había ahuyentado, de manera que en toda la enfermedad no hubo en

él rastro de turbación ni género de desconfianza, antes una muy firme y viva esperanza, fundada en los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor á quien él tan deveras amaba, que no se acordaba de otra cosa ni sabía decir más que «alabado sea Jesucristo;» con tanta devoción y ternura, que la pegaba á todos los oyentes.

Y aunque resplandecía en él una perfecta resignación en las manos de Dios, y cuando reconocía alguna mejoría, mostraba alegría sin alguna inquietud; con todo, era notablemente mayor el consuelo que sentía en certificarse se le acercaba la partida, por el gran deseo que su alma tenía de ver á Jesucristo Nuestro Señor en el Cielo; y así cuando el médico le dió estas nuevas las oyó de muy buena gana, alabando como solía por ellas, y con grande fervor, á Cristo Nuestro Señor, y haciendo acción de gracias al médico por tan buena nueva. Confesóse generalmente de toda su vida, con tan vivo dolor y sentimiento, como si las faltas fuesen muy presentes y nunca confesadas (aunque ya muchas veces en salud había hecho confesión general), recibió los Santos Sacramentos de la Comunión y Extremaunción con entero juicio y agradecimiento de las mercedes que Nuestro Señor le hacía, diciendo y repitiendo muchas veces lleno todo de confianza en su Jesús, estas palabras: «éste es el día de grande consuelo en que nos quiere llevar Dios al Cielo,» y profesando la fe, diciendo con gran devoción muy á menudo el Credo, interponiendo á cada artículo: «alabado sea Jesucristo,» á quien con estas y otras semejantes palabras dió su espíritu como fiel siervo, dejando á todos prendas ciertas de que iba á gozar de este Señor en su santa gloria, y del fruto de su fervoroso celo y continuos trabajos que sufrió por su mayor servicio y gloria. Murió el año de 1600, de 70 de edad, de los cuales más de los 40 había vivido en la Compañía, y los 25 de Coadjutor temporal formado.

Aunque al principio no se supo en la ciudad de su muerte, con todo eso le honró Nuestro Señor en ella, porque todos los naturales que lo supieron (que fueron en buen número) acudieron con muestras de mucho amor y estima de su Santidad, y asistiendo, mientras se hacían los oficios, con candelas de cera encendidas en las manos; y alguna gente principal que de ella tuvieron noticia, viniendo á nuestra casa y preguntando por el santo muerto, se iban á una pieza baja en que estaba su cuerpo, hincados de rodillas delante de él, se encomendaban á él como á persona que tenían por santa, con gran fe y devoción en el alma y lágrimas en los ojos; y cuando ya le querían enterrar pidieron licencia para besarle los pies y manos, como lo hicieron con sus vestiduras, de las cuales hubo después muchas peticiones y demandas de todo género de personas, y entre otras vino una, la cual no se atrevió á poner al cuello esta reliquia sin primero confesarse, dando por razón que á su parecer haría agravio á la mucha santidad de este siervo de Dios, en ponerse cosa suya estando en pecado mortal y enemistad de Dios. En todos los de fuera dejó esta estima de su gran santidad, y en los nuestros se reconoció un nuevo fervor de su mayor perfección, procediendo con mayor cuidado y espíritu en los ejercicios de nuestra Compañía y guarda de sus reglas, habiendo visto el dichosísimo fin de un varón tan perfecto y santo, verdadero hijo de la Compañía en quien resplandecieron ejemplos de tan heroicas virtudes.

Y porque confirma el espíritu y luz que Nuestro Señor le había comunicado, y la verdad y fervor con que este su siervo procedía, me

pareció poner aquí una carta suya, en respuesta de otra que un Padre de nuestra Compañía (el cual había sido mucho tiempo Maestro de novicios, y á la sazón era Lector de Teología) le escribió dándole parte de cómo Nuestro Señor le había ya admitido á la profesión de cuatro votos en la Compañía, y pidiéndole le ayudase con sus oraciones y alabanzas de Jesucristo, á agradecerle tan singular beneficio. A la cual carta respondió el Hermano Francisco de Villarreal, la siguiente:

«Por siempre sea alabado Jesucristo, y la honra y gloria sean á Jesucristo Nuestro Señor, así en la Tierra como en el Cielo; y los del Cielo nos animen y ayuden á sus alabanzas, mientras estamos en este destierro y valle de lágrimas, y reciban nuestras groseras y roncas voces, y las levanten de punto en presencia y alabanza de Jesucristo Nuestro Señor y nuestro bien, á quien se dé toda la honra y gloria sin cesar, y con nuestras flacas voces y afectos, le alabemos todos mis Hermanos del noviciado y yo, pecador: sea infinitamente alabado Jesucristo Nuestro Señor, porque abrazó á vuestra reverencia con tanto amor y con abrazos de Padre. Le ha abrazado, quitándole los lazos; le ha enlazado y abrazado, y amado con tan tierno y amoroso amor, alabado sea Jesucristo, y amado sea Jesucristo, y honrado sea Jesucristo que así ha amado, y atado, y abrazado á vuestra reverencia; sea muy enhorabuena, y enhorabuena sea; y si hizo cosa tan buena ¿qué le daremos al Señor y cómo le agradeceremos tanta misericordia? sino juntos todos con vuestra reverencia renovemos su profesión, gozándonos y alegrándonos delante de Jesucristo Nuestro Señor y de la Sacratísima Virgen y Madre y Señora nuestra, María soberana, y de toda su Corte celestial, de que vuestra reverencia la había hecho, y hacemos las gracias y alabanzas que podemos y le pedimos, y suplicamos sea para honra y gloria de su divina Majestad de Jesucristo Nuestro Señor, y para que vuestra reverencia sea digno instrumento suyo que lleve su divino nombre esculpido en su corazón, y animando resplandores de fuera que alumbren en las tinieblas, y sea glorificado Jesucristo Nuestro Señor por medio de vuestra reverencia por donde quiera que fuere, pues para eso le han abrazado y ligado con tan amorosas ligaduras. «Alabado sea Jesucristo que tanto nos ama, y para tan maravillosas empresas escoge á los suyos,» como este Soberano Señor lo dijo á sus discípulos mostrándoles las manos y el costado: «como me envió mi Padre os envío yo,» «alabado sea Jesucristo que tanto nos amó, y que para tan alto fin ha atado y abrazado á vuestra reverencia, y mostrándole el Corazón amoroso y abierto y las manos traspasadas.» ¿Qué era decir esto? Y también á vuestra reverencia como á Él, envió su Padre, mucho amor es éste y á mucha imitación suya convida. «Alabado sea Jesucristo,» que con esto da también el Espíritu Santo, con que todo se lleva no sólo con paciencia sino con alegría y gozo, y hace tan sabrosos los trabajos que van gozosos delante los tribunales, y se tenían por dichosos de padecer por este soberano nombre de Jesucristo. Lo cual suplico yo á su Majestad haga con vuestra reverencia, de tal manera, que le honre y nos honre á todos, con que sea digno de dar su Sangre por Él; «alabado sea Jesucristo,» al cual presentaremos todos estos hijos de vuestra reverencia, sus dolores y trabajos y martirio, como la gloriosa Sofía ofrecía los de su querido y amado hijo San Clemente Ancirano. El Señor honre á vuestra reverencia con esta victoria tan gloriosa, y á nosotros nos ayude á su imitación, como su Majestad puede por la Sangre de Jesucristo Nuestro Señor. Digo á mis Hermanos de este noviciado, que yo, miserable pecador, no soy digno de entrar en esta cuenta; pues tan mala la he dado toda mi vida, correspondiendo tan mal á misericordias y mercedes que el Señor me ha hecho; «alabado sea Jesucristo,» que de tan indigna lengua se digna ser alabado; honra y gloria sea al que sufre y espera en su casa, á quien tan mal lo merece. Como vuestra reverencia sabe algo, y muy poco de ello respecto de mis grandes pecados y faltas: de los cuales si yo me olvidare (como vano y liviano), todas las criaturas darán voces contra mí y atestiguarán mis maldades; «alabado sea Jesucristo, y millares de veces é infinitamente sea alabado,» que me sufre y espera en su casa: pido á vuestra reverencia, por amor de Dios, no se olvide de mí y de todos, y á mí perdone cuán mal me aproveché y en cuán poco estimé el ejemplo y vida de vuestra reverencia, de que tanto otros se aprovecharon. Mucho me holgara acompañar á vuestra reverencia mendicando por las calles, y más en la entrega que hizo á Jesucristo Nuestro Señor, tan deveras, lo cual yo tan mal he hecho y nunca acabo de hacer; y desde acá le abrazo con el corazón, aunque soy tan indigno de ello, y le pido por amor de Jesucristo me reciba en el suyo como mi Padre, para presentarme á Jesucristo y alcanzarme de su Majestad no el abrazo de hijo, pues no lo merezco ni soy digno, sino el de pecador contrito y humillado; pidoselo á vuestra reverencia por amor de Jesucristo Nuestro Señor, que yo no pienso olvidarme en toda mi vida de vuestra reverencia, como mi bajeza y poquedad pudiese; Jesús sea con vuestra reverencia y le dé su amor para hacer su divina voluntad.» Hasta aquí la carta. Este fué su ordinario estilo y modo de escribir, y el mismo guardaba en sus comunicaciones, pláticas y conversaciones, por donde, y por sus admirables ejemplos, fué estimado y tenido de todos, el Hermano Francisco de Villarreal, en opinión de Santo.

§ VI

Del Hermano Alonso Pérez, contemporáneo imitador del Hermano Francisco de Villarreal, en sus virtudes.

Por fruto de las insignes virtudes que quedan contadas del grande siervo de Dios, Hermano Villarreal, podemos poner aquí (aunque brevemente) la vida y virtudes de otro Hermano nuestro y contemporáneo suyo, y que no poco le imitó en el fervor de espíritu y continuas alabanzas divinas; éste fué el Hermano Alonso Pérez, natural de la ciudad de Cádiz, de 40 años de Religión en la Compañía de Jesús; los catorce de ellos pasó en Roma, y los veintiseis en nuestra Provincia de Nueva España, en el grado y oficios de Coadjutor temporal. Parecióse mucho al santo Hermano Villarreal: en la humildad, caridad, renunciaciones y desprecio de cosas de la Tierra, puntualidad, de obediencia, aspereza y mortificación. Siguió al dicho Hermano Villarreal en el oficio y superintendencia de los indios de San Gregorio, en el cual oficio, y en todos los demás en que se ejercitó por orden de la

obediencia (á cuyas ordenaciones jamás replicaba), se conoció en él un perfectísimo deseo de alabar, bendecir y agradar á Dios. Fué hombre de gran corazón y ánimo para las dificultades mayores, y en ellas parece que se excedía á sí mismo; y se supo de este siervo de Dios, que navegando en ocasiones de tormentas deshechas, él sólo era el que ponía ánimo á todos los demás; y en cierta ocasión libró, por intercesión é invocación de la Virgen Nuestra Señora, un navío, y los que en él iban, de un claro y manifiesto peligro; echábase de ver su grande caridad que siempre anda acompañada de las demás virtudes, en que para con los enfermos era médico; para con los miserables consuelo; para con los ignorantes y rudos, maestro de los misterios de la fe; demás de esto, fué este siervo en extremo humilde, pacientísimo, de grande luz y conocimiento de cosas de Dios, entre los religiosos de su tiempo de muy alta oración y continuo trato con la divina Majestad. Porque se sabía de él, que ni en ocupaciones domésticas ni fuera de casa, ni en cosas graves y de importancia, en veintidós años antes que muriese, nunca faltó á la presencia de Dios; asistiendo siempre á su divina Majestad como hijo regalado delante de su Padre y Señor. De donde se seguía, que en cualquier ocasión le hallaban del mismo temple, siempre devoto, siempre fervoroso, siempre fácil en alabar á Dios en sus criaturas. Porque en todas estas traía estudio y ejercicio continuo de reconocer y alabar á su Criador.

De esta unión y composición de entendimiento con que andaba como transportado en Dios, resultaba en él un fogosísimo amor que redundaba del corazón y afecto en las palabras, con las cuales repetía cada momento: «sea amado Dios, sea Dios glorificado, ¡oh si amásemos á Dios y nunca más le ofendiésemos!» Este amor deseaba él plantar en todos aquellos con quienes trataba, y en cualquier negocio que entre manos traía, luego buscaba por fin y blanco, á Dios, y el agrado de su divina voluntad.

A este amor de Dios se juntaba, el que es tan uno con él, como es el del prójimo, del cual dijo el discípulo amado, como refiere San Jerónimo: *Si hoc fiat sufficit*, tan fervoroso fué en el Hermano Alonso Pérez ese amor del prójimo, tan encomendado de Cristo y de sus sagrados Apóstoles, que aunque fuese con gran trabajo y riesgo de su salud (siendo como era de más de 70 años), para que él se animase á cualquier trabajo, por excesivo que fuese, bastaba que se le pusiese delante haber de ser la tal obra ocasión para gloria de Dios ó bien del prójimo; y de aquí se siguió que de un trabajo que tomó bien grande por librar á un pobre de la muerte, se le ocasionó la última enfermedad que le duró muchos meses, y él llevó con grande paciencia y conformidad con la divina bondad, nunca faltando en medio de excesivos dolores, ocasionados de una calentura maligna, en su perpetua y ferviente oración. No gustaba de que le visitasen, porque no le impidiesen su trato y comunicación con Dios, y aunque tan bien aparejado, daba por consejo que no dejasen la preparación para aquella hora, si no querían hallarse burlados; y así dejó grandes esperanzas este vigilante siervo de Dios de que no lo quedó él, sino que á manos llenas fué á gozar de los frutos de su continua mortificación y oración á la gloria, año de 1652, de que deseábamos ser participantes los que acá quedamos. Por lo que sumariamente dejamos dicho de este siervo fervoroso, se echa bien de ver lo que al principio dijimos de cuán bien se

le pegaron las virtudes del devotísimo Hermano Villarreal, y cuán bien se lograron en él los heroicos ejemplos de virtudes que dejó en nuestra provincia de Nueva España, á la cual desde sus principios ha favorecido Dios Nuestro Señor con tan señalados sujetos; su Majestad sea alabado por tan grandes misericordias.

CAPITULO X.

Vidas muy ejemplares de dos Hermanos nuestros Coadjutores de los más antiguos de la Provincia de Nueva España, llamados Teófilo Chioti y Francisco Simón. Año de 1594.

El muy religioso Hermano Teófilo Chioti, vino de la Provincia Romana á la nuestra de Nueva España, poco después de fundada; vivió en nuestro Colegio de México diez años; probóle Nuestro Señor en su llegada con una enfermedad que le duró toda la vida, pero él era tan animoso y mortificado, que no por eso dejaba de trabajar con mucho fruto y aprovechamiento de los prójimos: los cuales, por tenerle en opinión de hombre de rara santidad y trato con Nuestro Señor, acudían á él á pedirle consejo y dirección; y muchos quedaban admirados, y no menos convencidos, á tratar de su virtud, según era grande la fuerza del espíritu con que les hablaba; de tal suerte, que muchos juzgaron les había leido los corazones, y dicho lo que por sus almas pasaba, y que sólo Dios y ellos sabían; con lo cual hizo mudar á muchos la vida de mala en mejor, y de seglar en religiosa á otros muchos; la cual fuerza de espíritu reconocían no solamente nuestros estudiantes y novicios, mas los de mayor virtud y letras de nuestra Religión, y no menos otros personajes de grande autoridad y prudencia que le venían á pedir consejo. A muchos apartó de amancebamientos de largos años, y entre otros que no se quisieron enmendar fué un eclesiástico con quien anduvo el Hermano Chioti mucho tiempo sin fruto. Amenazóle que si no se enmendaba, y volvía más al vómito de sus torpezas, sobre que tantas veces le había dado palabra de la enmienda, le aseguraba que á él y á la persona cómplice de sus maldades se los había de llevar el demonio al Infierno, en la primera ocasión que volviese á reincidir en su torpe deleite. Sucedió así, que volviendo el desventurado á reincidir, y habiéndose retirado á un aposento secreto, se cayó, y les cogió, sin remedio de más consejo y confesión, en la misma ocasión de su torpe deleite. De otros casos milagrosos y proféticos cumplidos al tiempo, y cuando él los dijo, se pudiera hacer aquí mención, pero se dejaron por vivir las personas á quienes tocaban. Uno sólo diré de un sujeto que andaba rehusando ser de la Compañía y pensando excusarse con cierto voto fingido, el cual él á ninguna persona había declarado. Encontrándole un día el Hermano Teófilo, se llegó á él y le dijo: «Para qué anda así en ficciones con Dios, bien sé lo que ha-